

EL PSOE Y LA ELECCIÓN DE LA MODERACIÓN. DEL XXVII CONGRESO DE 1976 A LAS ELECCIONES SINDICALES DE 1978*

Luca Costantini
Universidad de Bolonia/UNED

Una premisa de carácter general

El 15 de junio de 1977 fue la fecha de las primeras elecciones democráticas en la España postfranquista. Sólo unos meses antes, el PSOE, que de 1974 al 1976 se había movido entre el rupturismo y la transición negociada, no gozaba todavía de la legalidad. No obstante, en ocasión del XXVII Congreso del PSOE, realizado en Madrid entre los días 5 y 8 de diciembre de 1976, la presencia de los más reconocidos líderes del socialismo europeo occidental, como Willy Brandt, Olof Palme, François Mitterrand, Pietro Nenni y Michael Foot, confirió al PSOE un prestigioso reconocimiento internacional. La legalización oficial del partido llegó unos meses más tarde, precisamente en febrero de 1977, poco antes de la fecha de las elecciones democráticas. La legalización de febrero de 1977 permitió al PSOE gozar de una ventaja temporal considerable respecto a su rival histórico, el PCE, cuyo reconocimiento oficial llegó en abril de 1977.¹

La pugna con los comunistas no era ciertamente una novedad en la relación entre los dos partidos clásicos de la izquierda, aunque, en este momento, estaba inscrita en una fase de dificultad del PSOE, causada por la duplicidad de la competición tanto respecto al partido de Carrillo como en la relación con las otras siglas socialistas emergidas en la clandestinidad. La «familia» socialista estaba, de hecho, dividida no sólo en

tre los sectores histórico y renovado del PSOE, sino también entre otros partidos que operaban bajo distintos nombres, como el Partido Socialista Popular de Tierno Galván, la Federación de Partidos Socialistas, que reunía numerosos grupos socialistas locales, y los socialdemócratas de Francisco Fernández Ordóñez, Josep Pallach y Dionisio Ridruejo. A pesar de la notable fragmentación socialista, el principal antagonista del PSOE en la lucha por la hegemonía de la izquierda seguía siendo todavía el PCE, cuya acción era considerada muy peligrosa, dado que se dirigía a emular el llamado «escenario» italiano y francés de la segunda posguerra.

Durante los meses precedentes a la legalización del PSOE y del PCE, las estrategias de socialistas y comunistas divergían especialmente en lo que concernía a su presentación pública y propagandística. El PCE buscó, en particular a través de la Junta Democrática que había encontrado el apoyo de Tierno Galván, proponerse como fuerza política de conciliación nacional, con la intención de superar el recuerdo de la Guerra Civil y, así, obtener aquel reconocimiento de «fuerza democrática» que el PSOE estaba logrando merced al apoyo del socialismo europeo. Al mismo tiempo, el PSOE decidió moverse con mayor audacia, presentándose frente a los españoles como el verdadero garante de los valores tradicionales de la izquierda, como el obrerismo, el igualitarismo y el federalismo.²

En una mezcla de declaraciones revolucionarias no siempre correspondidas en la práctica, el PSOE decidió apostar, entre 1974 y 1975, por la ruptura democrática con el franquismo, que consistía en el abatimiento total de las viejas instituciones franquistas excluyendo cualquier tipo de negociación con los antiguos representantes del Régimen.³

Desde una visión historiográfica se ha hablado al respecto de «ambigüedad» y de «dicotomía» en relación a la postura socialista de estos años.⁴ Los estudios subrayan, en particular, que en 1974 la retórica del PSOE era particularmente radical, pero estaba raramente acompañada por acciones coherentes desde el punto de vista de la práctica política. El XXVII Congreso de diciembre de 1976 está considerado el punto álgido de la retórica rupturista. Los análisis clásicos destacan, además, cómo desde la campaña electoral de 1977 el PSOE dio un giro socialdemócrata, priorizando un fin electoral en detrimento de la continuidad con los valores tradicionales del socialismo. Según estas interpretaciones, con este giro el PSOE se habría decantado hacia el modelo del partido electoralista, en sustitución del tradicional partido de movilización de masas.

Aun así, el intento de este estudio es mostrar con más claridad que el llamado «giro socialdemócrata» del PSOE fue determinado por la elección del grupo dirigente del PSOE de enfrentarse a las elecciones a través de un modelo de «alternativa propia de poder», cuyo elemento central era la fuerte apuesta por Europa, la diferenciación histórica e ideológica del socialismo frente al comunismo y la promesa de un futuro de progreso y modernidad; todos ellos, elementos que hicieron de la clase política socialista una generación particularmente hija de su tiempo.

Los albores de la postura moderada

En ocasión del enfrentamiento electoral de junio 1977 y durante la negociación de los Pac-

tos de la Moncloa es común aludir a un supuesto «giro socialdemócrata» del PSOE. Autores como Gillespie hablan, por ejemplo, de «viraje a la derecha»,⁵ causado por el abandono del PSOE de algunos de los postulados ideológicos del izquierdismo tradicional en favor de una visión interclasista y electoralista, cuya finalidad no era la movilización ciudadana sino la llegada al poder en el menor tiempo posible. En realidad, analizando las intervenciones del grupo dirigente socialista en los meses anteriores al supuesto giro socialdemócrata, es posible reconocer algunos elementos capaces, quizás, de matizar dicha interpretación. Es útil, a tal fin, analizar el lenguaje de los dirigentes socialistas en sus entrevistas y en sus artículos para la prensa nacional y del Partido, y comprender de este modo si la retórica era tan radical y estaba tan alejada de la postura moderada que el PSOE emprendió unos años después.

Durante la renovación del núcleo dirigente del PSOE, ocurrida durante el último Congreso en el exilio, en Suresnes, en 1974, el Partido Socialista Obrero Español quiso remodelar su estrategia de oposición al franquismo y a sus instituciones. El cambio más relevante de la renovación socialista fue la decisión de reinstaurar el partido en España, y comenzar a preparar la transición democrática. Con el término «ruptura democrática» los socialistas básicamente entendían «el proceso consistente en la conquista de todas las libertades democráticas (políticas y sindicales), el desmantelamiento de las instituciones heredadas del régimen franquista (Consejo del Reino, aparato político del Movimiento, Sindicato vertical, etc.), la disolución de las instituciones represivas destinadas a la anulación de las libertades democráticas, el retorno de los exiliados y la libertad de los presos políticos».⁶ La conquista de la democracia habría abierto las puertas a la posibilidad de realizar las elecciones democráticas, elemento éste considerado fundamental para el «acceso al socialismo».⁷

El rupturismo postulado por los socialistas empezó entonces a formularse como una mez-

cla de movilización y negociación, útil para hacer de la clase trabajadora la protagonista de este proceso, y al mismo tiempo buscar los flacos del sistema franquista para conseguir su derrota. Sin embargo, ya antes del Referéndum sobre la Ley para la Reforma Política del 15 de diciembre de 1976, el grupo dirigente del PSOE, y en particular su primer secretario, Felipe González, pareció moverse hacia una paulatina suavización del discurso político. Los socialistas empezaron entonces a hacer referencia en distintos actos, encuentros y participaciones a debates públicos, a la exigencia de adoptar una actitud «realista» con respecto a la coyuntura económica y política española. El instigador del «realismo» fue, como se sabe, el mismo Felipe González, el cual comenzó ya desde los primeros meses de 1976 a criticar las posturas excesivamente radicales en el seno de su partido.⁸ En ocasión, por ejemplo, del XXX Congreso de la UGT (Madrid, 15-18 abril de 1976), González aconsejó a los delegados del sindicato socialista que adoptasen una postura realista frente a la situación política española. Es decir, que reconociesen como prioritaria la lucha por la libertad y los derechos fundamentales en lugar de promover la movilización hacia la sociedad socialista, dejando atrás «excesivos y demagógicos impulsos revolucionarios».⁹ En sus conclusiones, la Comisión Ejecutiva de la UGT certificó la aceptación de la invitación al «realismo»: entre los objetivos que fueron considerados «inminentes y prioritarios» estaban la «reconquista de las libertades y de los derechos fundamentales y, en particular, el pleno restablecimiento de las libertades sindicales».¹⁰

Unos meses más tarde, durante la Escuela de Verano del PSOE, que tuvo lugar en El Escorial, otra vez González se dirigió a sus compañeros exhortándoles a apartarse de sectarismos ideológicos y a reconocer el carácter «democrático» del PSOE.¹¹ Según González, se trataba de hacer un esfuerzo de comprensión, tanto ideológico como identitario, de la que tenía que ser la propuesta política socialista: las referencias al mar-

xismo estaban, por cierto, admitidas, pero sólo en un modo «no dogmático» y, al mismo tiempo, «reinterpretadas» en un «sentido moderno».¹² Destacaron en el discurso de González algunos elementos propios de una renovación no sólo táctica sino también ideológica, que movieran el PSOE hacia un modelo más laborista que socialista: el clasismo obrerista sería, según el replanteamiento de González, reemplazado por el reconocimiento de un vínculo socialista con una «clase trabajadora, entendida en el sentido amplio», y la aspiración revolucionaria socialista abatida a favor del respeto de la «democracia formal».¹³

Finalmente, en diciembre de 1976, en ocasión del XXVII Congreso del PSOE, el secretario no renunció a llamar a los mismos militantes socialistas hacia una postura menos radical. En su intervención en el Congreso, González recordó que el primer objetivo estratégico del PSOE debía ser la consecución de la democracia, a través de lo que llamaba «el proceso dialéctico de conquista de las parcelas de libertad».¹⁴ La prioridad había de ser la conquista de la democracia, y que para que esto fuera realidad era necesario trabajar a través de «una combinación de factores entre ellos mezclados de presión y negociación», dejando de lado declaraciones «puristas» o aislacionistas.¹⁵ Después de haber reconocido la necesidad de abrir el PSOE a las negociaciones, el sevillano añadió que, aunque los objetivos del Partido Socialista fueran ambiciosos, el PSOE habría tenido que dirigirse hacia metas más concretas y alcanzables, aspirando «una vez que la democracia sea construida en España», a un «adelantamiento progresivo de las fuerzas de la izquierda».¹⁶

A pesar de las exhortaciones de González, este Congreso pasó a la historia como uno de los más radicales de la historia del socialismo español, en el cual las referencias directas al marxismo encontraron su directa correspondencia, tanto en la definición del PSOE como «partido de clase y, por lo tanto, de masas, marxista y democrático», como en la delineación de

su programa económico, lleno de alusiones anticapitalistas.¹⁷ Es cierto que en su XXVII Congreso el PSOE rechazó la perspectiva socialdemócrata, considerada con desprecio como una «mera corrección de los aspectos más brutales del capitalismo».¹⁸ El «Programa económico» adoptado por el PSOE en este Congreso hablaba, de hecho, de alcanzar el «pleno socialismo» a través de «formas de autogestión» capaces de sustituir los aparatos del poder a todos los niveles.¹⁹

Aun así, algunos elementos tal vez poco destacados en los análisis nos permiten evaluar el XXVII Congreso como parte integrante y embrionaria del posterior «giro socialdemócrata» del PSOE. En primer lugar, la finalidad del XXVII Congreso no fue la de debatir en profundidad sobre la identidad y la ideología del partido, puesto que el mismo González era consciente de la que consideraba «sobrecarga ideológica» entre los militantes, sino la de difundir una imagen pública del PSOE como partido unido, compacto y con un liderazgo fuerte.²⁰ En segundo lugar, la línea política que rebotó al término del Congreso no fue tanto aquella del partido de la izquierda anclado en los valores tradicionales del marxismo y del clasismo (como a menudo la historiografía ha subrayado), sino la de un partido de izquierdas entregado a la modernidad, que desde ese momento se juntaba con una causa socialdemócrata. Esto se debió a la presencia en el Congreso de numerosos líderes del socialismo europeo, cuyo apoyo a González significó implícitamente la obligación para el PSOE de aceptar el modelo de socialismo democrático reformista y gradualista. Pesó, de hecho, sobre el PSOE, la responsabilidad de gestionar los posibles efectos de lo que ocurrió en Portugal al término de la dictadura de Caetano,²¹ y de evitar al mismo tiempo que se repitiera en España el «escenario italiano» de los años sesenta y setenta.²²

La estrategia del PSOE cambió desde este momento, tanto en su apertura hacia el comunismo como en su planteamiento ideológico:

si la colaboración con el PCE de Carrillo fue entonces rechazada por considerarla «perjudicial [...] para una verdadera unidad de los socialistas»,²³ desde el punto de vista ideológico se multiplicaron las exhortaciones hacia la superación del obrerismo y la apertura al reformismo. Este nuevo planteamiento se mantuvo todavía ambiguo a nivel de discurso político, pero sí se demostró de forma más evidente en las publicaciones socialistas, donde se fue dejando más espacio a las corrientes de pensamiento socialista interesadas en estudiar la realidad y la evolución social según una perspectiva «flexible» y «no dogmática», donde «dogmático» era el planteamiento únicamente marxista, y «flexible» la necesidad de mover el socialismo hacia soluciones técnicamente más «funcionales» respecto a los cambiantes intereses del partido o de la nación.²⁴ A lo largo de los últimos años setenta, se abordaron en dichas revistas una serie de estudios de tipo sociológico y político que adoptaron los enfoques tecnicistas propios de las ciencias sociales de moda en la época, y que se revelaron particularmente útiles a la hora de formular una postura más reformista del PSOE que fuera funcional a las tareas nacionales de modernización de la realidad española, e impulsaron, así, el partido hacia una táctica más dirigida a la conquista de la clase media cada vez más mayoritaria a nivel electoral.²⁵

En suma, durante 1976 el PSOE se esforzó sobre todo en presentar a la opinión pública a su nuevo grupo dirigente como parte de una clase política no sólo nacional sino también coherentemente integrada en Europa. En esta etapa, la retórica rupturista persistía aún vigente, aunque iban creciendo las invitaciones al «realismo», apoyadas por un creciente revisionismo ideológico. Fue este el momento de nacimiento de aquellos elementos que dieron a los renovadores socialistas la posibilidad de presentarse como la generación capaz de conseguir la modernización de España, sin que por eso se renegara de la tradición secular del socialismo. Ello permitió que siguieran sobreviviendo las in-

vitaciones al rupturismo, aunque en los acontecimientos más importantes, como la presencia de los grandes líderes europeos, comunicaron más la alineación del PSOE con los valores del socialismo democrático que la representación de un partido revolucionario. El «bautizo» recibido por González durante el XXVII Congreso del PSOE constituyó el punto más alto de esta promoción, cuya imagen de simbiosis entre novedad y tradición fue fundamental en la presentación de la propuesta política socialista para las elecciones del 15 de junio de 1977.

Un voto dirigido al futuro: la campaña electoral del PSOE para las elecciones de 1977

La campaña electoral comenzó oficialmente poco después de la legalización oficial del PSOE, en febrero de 1977. La campaña fue confiada a una Comisión Técnica Electoral Federal (CTEF), coordinada por el secretario de Organización, Alfonso Guerra, y en la que participó un nutrido grupo de sociólogos y politólogos expertos en las últimas técnicas electorales provenientes de Estados Unidos y Alemania.²⁶ La CTEF dirigió una campaña sin pausa, fijando para los candidatos socialistas más de 4.000 encuentros públicos, y gastando en total casi 500 millones de pesetas.²⁷ La figura de Felipe González fue constantemente exaltada. Del primer secretario fue enfatizado su carácter informal y juvenil, además de su resistencia que le permitía cruzar España en el minijet privado del PSOE (el *María III*) para llevar a cabo tres actos diarios.²⁸ La campaña electoral socialista sorprendió tanto en cuanto a eficiencia, que en mayo de 1977 los sondeos electorales publicados en la prensa nacional pintaron unas perspectivas de consenso estimado entre el 25% y el 30% del cuerpo electoral.²⁹ Pareció que en aquel momento se confirmara la intuición de González relativa a la «fuerza potencial» que poseía la sigla histórica del PSOE, tal y como el secretario socialista la había descrito en el «Informe de la Comisión Ejecutiva sobre la situación española y la política del partido» en diciembre de 1974.³⁰

Según una opinión difundida, los pronósticos favorables al PSOE debían ser interpretados dentro del marco de la expansión de la izquierda en la región meridional de Europa. Particular atención se prestaba a Grecia y Portugal, los dos países que, como España, estaban viviendo una transición democrática, donde los partidos socialistas acababan de obtener un relevante consenso. En las primeras elecciones democráticas griegas de 1974, el PASOK (movimiento socialista panhelénico) obtuvo el 13% de los votos, mientras que los comunistas llegaron al 9% de los sufragios. Para el PASOK esto fue un óptimo resultado, dada su reciente fundación y sus escasos recursos económicos. En Portugal, el Partido Socialista se impuso al Partido Comunista en las elecciones de 1975, distanciándole de más de veinte puntos en porcentaje de votos (concretamente el 40% contra el 18%). En Francia, además, el candidato socialista, Mitterrand, que había firmado un pacto preelectoral con los comunistas, se acercó como nunca a la Presidencia francesa, perdiendo contra el representante del frente conservador, Valéry Giscard d'Estaing, por sólo unos 400.000 votos. También en Italia, donde el dominio demócratacristiano se remontaba a los orígenes de la República de 1946, se habían difundido entre 1974 y 1976 las esperanzas de un *sorpasso* de la izquierda al bloque conservador. Dicha sensación fue el origen de la ruptura de los gobiernos de centro-izquierda y dio la posibilidad al secretario del PSI, Francesco De Martino, de emprender el camino hacia la que fue llamada estrategia de los «equilibrios más avanzados».³¹

La dimensión europea había sido el tema central de la presentación del PSOE en el XXVII Congreso de 1976, y en mayo de 1977 fue organizada en Madrid la *II Conferencia de los Partidos Socialistas de la Europa del Sur*, cuya finalidad era la de discutir sobre el fenómeno del crecimiento del socialismo en el contexto de la Europa del Sur, e intentar, por consiguiente, planificar una propuesta programática de «alternativa socialista» a nivel europeo.³² La conferencia fue

patrocinada por François Mitterrand, mientras la organización de la cumbre fue confiada al PSOE, que vio en ella la ocasión de promocionar su propia imagen de cara a las elecciones de junio. Como en ocasión del XXVII Congreso, se esperaba ahora la llegada a Madrid de los máximos representantes de los partidos socialistas del Sur de Europa, como Mario Soares, Bettino Craxi, el secretario de la IS, Bernt Carlsson, y el mismo François Mitterrand. El término «eurocomunismo» se había puesto de moda en esa época, y la búsqueda de un programa común para la izquierda socialista habría debido constituir la respuesta adecuada a esta ofensiva. En el centro de la búsqueda de la nueva plataforma política, que algunos no tardaron a llamar «eurosocialista»,³³ se colocaron la defensa de los derechos humanos y la vocación democrática y pluralista del socialismo, acompañada por una negación del estatismo y, consiguientemente, del marxismo. Al término de la conferencia fueron votadas dos resoluciones, y ambas se demostraron particularmente convergentes con los ejes del proyecto político del PSOE. La primera de estas resoluciones, titulada «Democracia y socialismo en la Europa del Sur», definía una «estrategia común del socialismo» en la «tarea histórica» de ofrecer una «constitución definitiva de una auténtica democracia», y se inscribía en el marco de los acuerdos de la Conferencia de Helsinki de 1975.³⁴ La segunda resolución, titulada «Perspectivas de integración para Portugal, Grecia y España en la CEE», se dirigía al escenario del Mediterráneo. El asunto central atañía a la cuestión del ingreso de España, Grecia y Portugal en el mercado comunitario, cuya integración era por un lado deseada y por el otro condicionada a una mejoría del déficit presupuestario. No obstante, la integración económica fue considerada la base sobre la cual forjar unos valores comunes a todos los partidos socialistas del Mediterráneo, como «el pleno empleo, la disminución de las desigualdades y las satisfacción de las aspiraciones de los europeos», a través de los cuales fundar un

«nuevo modelo de crecimiento económico».³⁵ La conferencia de Madrid sirvió para ofrecer una confirmación ulterior del enlace político existente entre el PSOE y los grandes partidos socialistas de Europa.³⁶ La cuestión de la integración de España en el mercado comunitario era un tema sensible para la opinión pública, y las relaciones establecidas por el PSOE con los otros partidos socialistas europeos debían servir para dar la sensación de que el PSOE era el partido más preparado para garantizar una rápida integración española en la CEE.

En efecto, la correlación existente entre el acercamiento de la IS al PSOE, y la elección de éste de abandonar definitivamente la postura radical fue destacada por la prensa de la época. La revista *Cambio 16* habló al respecto de una contrapartida que González habría tenido que pagar para obtener el apoyo de las socialdemocracias europeas, que consistía en el abandono del obrerismo y en la adopción de un léxico «responsable» conforme al modelo socialdemócrata del norte de Europa.³⁷ La previsión del periódico parece ser correcta, dado que durante los siguientes encuentros públicos, Felipe González y algunos exponentes del PSOE empezaron a utilizar en sus intervenciones expresiones más moderadas y conciliadoras. Entre ellos, Enrique Múgica, miembro de la Comisión Ejecutiva y notable exponente del ala socialdemócrata del PSOE, subrayó la importancia de la captación del electorado moderado y socialdemócrata. Se trataba, sostenía Múgica en un artículo escrito en *El Socialista*, de impedir que la UCD se apoderase del «concepto de socialdemocracia», alejando así las clases medias del PSOE.³⁸ Por eso, añadía, el PSOE debería alejarse de los «sectarismos ideológicos» y conquistar aquellos «sectores populares que aspiran a una sociedad de bienestar parecida a lo conseguido en países del norte y centro de Europa», haciendo cada vez más referencia explícita al «humanismo primordial [...] del sentido moderador, democrático, y no demagógico del socialismo».³⁹ Del mismo modo que Múgica, también

Elías Díaz, entonces uno de los intelectuales socialistas más importantes, además de intérprete del socialismo de «tercera vía» entre el comunismo y la socialdemocracia, escribió en favor del espíritu moderador, declarando que cuando se había hecho referencia a la «dictadura del proletariado» se estaba haciendo referencia en realidad a la «república popular democrática».⁴⁰ Junto a ambos, también el director de *El Socialista*, Antonio Guerra, añadió al esfuerzo moderador una connotación regeneracionista. El PSOE era, según Guerra, el único partido capaz de asegurar «la salida de todos los problemas españoles», gracias a una «ética de comportamiento, un humanismo de reconciliación» capaz de generar «un cambio en la vida española sin traumas ni violencias», y permitir así «la realización de una sociedad igualitaria en libertad».⁴¹ A ellos se juntó González, que, en ocasión de la fiesta del 1.º de Mayo de 1977, asoció a los propósitos moderados una interpretación de «libertad» como «vehículo para el bienestar»:

Nadie puede pedir a los trabajadores que salgan de sus problemas agobiantes e inmediatos, pero el 1.º de Mayo puede ser el día en que pongan *de manifiesto que la libertad* —sindical, política, sociocultural— no sólo es un bien en sí misma, sino al mismo tiempo un instrumento de combate contra los problemas que la acucian. Puede ser el 1.º de Mayo la demostración de que el mundo del trabajo quiere y puede administrar por sí mismo su libertad, una libertad en la que los «tambores del miedo» no amenacen con el «orden» represivo como único vehículo para el bienestar.⁴²

La moderación del lenguaje adoptado por el PSOE durante la campaña electoral fue evidente en los carteles electorales, donde se resaltaron conceptos como «socialismo es libertad», o «la libertad está en tus manos», que, en opinión de González, tenían que significar el carácter democrático y de «alternativa del pueblo [...] para la construcción de un futuro de libertad, igualdad y de solidaridad», en oposición a la «alternativa de los comunistas, con sus realizaciones históricas totalmente diferenciadas de la

socialista».⁴³ El mismo programa electoral del PSOE hizo suya la moderación socialdemócrata y regeneracionista. Se hablaba de conquista de la libertad y de formar un Parlamento para una nueva constitución democrática, de la necesidad de desarraigar la corrupción y las reliquias del franquismo, de la reforma fiscal, de la ampliación del sector educativo y de la seguridad social.⁴⁴

El cambio representado por la propuesta socialista venía resumido en tres objetivos principales: la «conquista de la democracia», la voluntad de «cambiar la vida de los españoles» y la «apertura de España al mundo».⁴⁵ Para salir de la crisis se consideró entonces necesario equilibrar los costes sociales a través de la reducción de la tasa de paro, haciendo desaparecer del vocabulario términos como «nacionalización» o «expropiación», devenidos ahora conceptos poco útiles a la hora de tranquilizar el electorado moderado.⁴⁶ «Somos conscientes —declaraba González en la rueda de prensa del comienzo de la campaña electoral— de que no se pueden producir cambios estructurales profundos en la primera etapa, sino que se ha de rehacer la economía» a través de «la lucha contra el paro [...] una mayor inversión en el sector público y la promoción de empresas de carácter social».⁴⁷ Al término de este proceso, los socialistas llegaron a definirse como una «fuerza política plenamente democrática y responsable», cuya intención era representar un «voto popular de alternativa democrática».⁴⁸

El espíritu reivindicativo fue en su casi totalidad sustituido por la invitación a la moderación. Los comentaristas de la prensa nacional no dejaron escapar la oportunidad de comentar esta tendencia. Algunos periódicos subrayaron el carácter contradictorio de la propuesta política del PSOE, mientras que otros elogiaban el esfuerzo de moderación. Para el diario progresista *El País*, la sensación dominante era que el PSOE agravaba su ambigüedad entre retórica revolucionaria y práctica moderada, que le movía peligrosamente hacia el puro tacticismo electoral. El periódico ofrecía una descripción de dicha

«ambigüedad», definiéndola como un «carrusel de verbalismo revolucionario y de hechos moderados, de imagen caballerista y práctica prietista, de banderas republicanas y de visitas a la Zarzuela, de marxismo teórico y práctica socialdemócrata», que, en realidad, testimoniaba una «crisis de identidad» debida a la falta de «libertad de expresión» en el interior del partido.⁴⁹ Según el diario, para el PSOE estaba en juego su identidad como partido de la izquierda, que corría el riesgo de desvanecerse a causa de una fatal confusión entre los conceptos de «vocación hegemónica» y «pluralismo electoral».⁵⁰ Otros periódicos, como fue el caso de *Cambio 16*, se expresaron a favor de la postura moderada llevada a cabo por el PSOE. Los sondeos que la revista publicaba semanalmente demostraban que esta postura estaba recaudando un considerable éxito en el electorado. La revista subrayó, entonces, cómo este giro dependió del apoyo ofrecido al PSOE por parte de la «familia» del socialismo europeo, y cómo este dato influía positivamente en la valoración del voto.⁵¹

El 15 de junio 1977, cuando 18 millones de españoles se dirigieron a las urnas para una elección de alto sabor histórico, habían pasado exactamente cuarenta y un años desde las últimas elecciones democráticas. Los resultados electorales declararon la victoria de la formación política de la UCD, liderada por Adolfo Suárez. A él se fue el apoyo mayoritario de la sociedad española, gracias al 34,8% de los votos. No obstante, el PSOE se distinguió como el «segundo ganador» de las elecciones. Obtuvo más de 5 millones de votos, el 29,4% del total, y relegó al PCE a una posición subordinada, con el 9,3% de los votos y sólo 19 escaños parlamentarios. El PSP de Tierno Galván, que concurría a las elecciones junto a los partidos de la Federación de Partidos Socialista, bajo el nombre Unidad Socialista, consiguió el 4,4% de los votos. El sistema electoral español, concebido a través del método D'Hondt para favorecer a los dos partidos más fuertes del sistema político y, al mismo tiempo, reforzar a los partidos regiona-

les, marginó al PCE y a Alianza Popular (AP), los partidos que más recordaban al radicalismo político considerado responsable de la Guerra Civil. De este modo, el PSOE se convirtió en uno de los dos polos del nuevo sistema político: fuerza hegemónica de los progresistas y dueño del espacio político de la izquierda.⁵² Felipe González, radiante en su artículo postelectoral, enfatizó el carácter nacional de la victoria socialista. Habló entonces de un «triumfo» obtenido gracias a la «simbiosis entre pueblo y partido, y entre partido y pueblo», en los valores de «libertad, igualdad y fraternidad [...] capaces de expresar los nuevos sentimientos de la sociedad española, tanto en los grandes centros industriales como en las regiones abandonadas».⁵³ Lo que más se había de notar era la naturaleza interclasista del voto socialista, cuyo éxito habría de significar, en opinión de González, el proseguimiento de la postura moderada.⁵⁴

El voto socialista fue un voto dirigido al futuro, sobre todo por que el PSOE quiso promover su imagen de cambio moderado y de superación del enfrentamiento histórico de la Guerra Civil. Fue, en general, la promesa electoral de un futuro mejor, tanto en lo relativo a los derechos, a través de la conquista de la democracia, como en términos económicos, a través de una moderación programática que favoreciera la implementación de un Estado de bienestar, la mejoría de las condiciones de vida y la integración en Europa. El modelo de crecimiento propuesto por los socialistas era, según González, una «política económica elaborada [...] que se acerca mucho a la realidad», pero interpretada «desde el punto de vista de la izquierda».⁵⁵ Este modelo de desarrollo había sido pensado «empezando por soluciones realísticas», y habría tenido que conducir a la formulación de «respuestas técnicas y económicas» modeladas específicamente a la realidad española y que contemplaran la combinación de la reducción de la inflación con la lucha contra el paro.⁵⁶ Era ésta una postura que por su propia definición implicaba la búsqueda del consenso de las clases medias, cuya mode-

ración y conservadurismo venían acompañados de un intenso y vigoroso anhelo de bienestar individual, obtenible gracias al alcance de un progreso económico de España.

Hacia el partido nación-popular. Desde los pactos de la Moncloa a las elecciones sindicales de 1978

El día siguiente a las elecciones, los problemas económicos pasaron a ser el centro de la agenda y del debate político nacional. La crisis del petróleo de 1973, que había llegado a España con retraso respecto a otros países europeos, fue eclipsada, por así decir, por la muerte de Franco y por los acontecimientos de la primera fase de la transición democrática. El alto nivel de paro, que durante el franquismo había sido paliado con la emigración, aumentaba ahora considerablemente, también como consecuencia de la vuelta de los emigrados; mientras que la inflación había superado el umbral del 40% a mediados de 1977, y se temía que pudiera alcanzar números de hiperinflación. Los emprendedores, acostumbrados al corporativismo y al intervencionismo típico de la época franquista, temían ahora por la nueva situación política y por el fortalecimiento de los sindicatos. Con todo, se empezó entonces a imponer un plan de respuesta frente a las continuas pérdidas en la balanza de pagos del Estado. La complejidad de la situación económica se juntaba, además, con el proceso de transición democrática, y el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, eligió moverse en la dirección de la concertación de un pacto social capaz de solucionar los problemas a ambos niveles.

El secretario socialista, Felipe González, así como su homólogo comunista, se demostró abierto a negociar las medidas de reducción de la inflación, que en el plan del Gobierno contaba básicamente con una política de contención salarial. Los sindicatos, a su vez, tomaron posiciones distintas. Las CCOO adoptaron una postura aperturista, mientras que la UGT y la CNT expresaron su perplejidad.⁵⁷ En julio de 1977, Nicolás Redondo rechazó la participación

en la negociación del pacto social, denunciando la «distribución injusta de los sacrificios para superar los desequilibrios del sistema», que, en ausencia de medidas de control de los precios, habría tenido el efecto de «hacer regresar el nivel de vida» y, al mismo tiempo, aumentar el paro.⁵⁸ Desde este momento, la UGT expresó su rechazo oficial al pacto social propuesto por el Gobierno, que Redondo llegó a definir desdenosamente como «una cortina de humo».⁵⁹

La prosecución de la negociación con el Gobierno fue vivida por el PSOE como una obligación, como reconocieron González y Guerra algunos meses más tarde,⁶⁰ y tuvo un coste político bastante elevado. Alimentó el disenso interno creciente contra la postura moderada, que se hallaba sobre todo en la Federación Socialista Madrileña (FSM). Uno de los protagonistas de esta contestación fue Pablo Castellano, que acusó a la secretaria del PSOE de trabajar por un pacto social que, a su juicio, afectaba solamente a la clase obrera y a los trabajadores dependientes. Según Castellano, dicha acción tenía el sabor de la «traición» de la misión histórica del PSOE, llevando a cabo una «política anticlase, ni siquiera interclasista».⁶¹ Castellano se oponía a las medidas de congelación salarial, juzgadas inadecuadas para solucionar los problemas económicos del país en ausencia de un plan para los precios.⁶² Aceptando el pacto de Suárez, seguía Castellano, el PSOE habría rebajado su papel de «oposición» a la burguesía, convirtiéndose en un mero «acompañante» de esa, y concluía así su artículo de denuncia:

Si la Oposición y el Gobierno, sin eufemismos ni ambages, están de acuerdo en este mamotreto económico-ficticio, habrá que pensar en crear la Oposición en este país, o que entre los firmantes nos creen de una vez por todas el partido único con todas sus muy variadas alas. Personalmente, y desde la perspectiva de las resoluciones del Congreso del PSOE, de diciembre de 1976, yo tengo que decir, y muy alto, que al menos un militante del partido dice claramente a todo ello *no*.⁶³

A pesar de la oposición interna y del rechazo de la UGT a negociar con el Gobierno, Felipe González eligió seguir adelante con el diálogo con Suárez. Gracias a la postura moderada del PSOE, así como del PCE y AP, se llegó a la firma de los llamados «Pactos de la Moncloa» en el día 25 de octubre de 1977. Las medidas que el plan preveía estaban dirigidas a la reducción de la inflación, que había llegado en este momento al 47%, y establecieron un aumento del tope salarial a los 22 puntos de porcentaje respecto a la inflación estimada para 1978, acompañado por una ampliación de la flexibilización del mercado laboral. Por lo que concierne a la morfología del acuerdo, muchos estudios han subrayado su forma «atípica» de concertación, que en algunos sectores de la población dio la sensación de una programación impulsada excesivamente desde arriba.⁶⁴ El pacto no obtuvo, de hecho, una participación directa y activa de las centrales sindicales ni de las asociaciones empresariales, sino que sólo pudo contar con la firma de los partidos políticos (UCD, PSOE, PCE, AP). Al mismo tiempo, el dirigismo que inspiró el pacto no representó una ruptura respecto a la política económica del tardofranquismo, dado que las promesas relativas a la reforma fiscal no constituían una garantía suficiente para testimoniar aquella discontinuidad con el pasado tan esperada.⁶⁵

Como contrapartida a estas medidas, cuyo efecto se hubiera notado, sobre todo, en la condición de vida de los trabajadores dependientes, el Gobierno se empeñó en garantizar una futura legislación en materia patrimonial y una reforma fiscal, además de una serie de disposiciones que habrían ampliado las coberturas de la Seguridad Social. Estas promesas sirvieron al PSOE para justificar su elección de cara a los militantes.⁶⁶ El pacto social fue, así, interpretado como útil para la ampliación de los derechos y de las garantías democráticas, además de la ampliación de los sectores de la Seguridad Social y del sistema educativo, necesarios para la construcción de un naciente Estado del bienestar.⁶⁷

No obstante, dentro de la militancia de base

del PSOE se advirtieron las primeras señales de un «cierto sentimiento de desencanto» a causa de no ver producirse la ruptura tantas veces prometida.⁶⁸ Para responder a las críticas de Castellano, que habrían podido peligrosamente aprovechar la ola de desilusión, el núcleo dirigente socialista decidió dirigir una intensa actividad de propaganda destinada a motivar la elección de la moderación.⁶⁹ Una circular de la Secretaría de Prensa e Información firmada por Javier Solana informaba de la necesidad de «insistir» en el hecho de que «el programa que sale del presente acuerdo programático no [era] el programa del PSOE y, por tanto, deja[ba] abierta una amplia alternativa socialista al mismo».⁷⁰ No obstante, la misma circular informaba sobre los avances que los socialistas habían obtenido gracias a la acción de negociación: como el «desmontaje de los enquistamientos franquistas dentro del aparato económico del Estado», «limitar la brutalidad de las medidas estabilizadoras», «conseguir una serie de contrapartidas que mejoraran la situación de las clases populares», respecto a los cuales el PSOE se habría tenido que promover como garante y «persecutor» del Gobierno en el cumplimiento de los «compromisos adquiridos».⁷¹ Se encontró así la fórmula del «compromiso de apoyo condicionado», según la cual la prosecución de la «responsabilidad» socialista era condicionada a la demostración de respeto por parte del Gobierno a los acuerdos en su universalidad.⁷² La relación entre «responsabilidad» y «consolidación de la democracia» era interpretada desde el PSOE como un lazo «constancial» que hubiera permitido conectar la reducción de la inflación con el aumento de la ocupación.⁷³ Respecto a la defensa de la necesidad de una reducción salarial, Felipe González, se pronunció defendiendo esta elección como «obligada» y necesaria para evitar consecuencias aún más catastróficas a nivel económico y social.⁷⁴

Además de confirmar las razones que habían «obligado» al PSOE a la firma de los Pactos de la Moncloa, los socialistas aprovecharon el recha-

zo ugetista para difundir la imagen de autonomía entre partido y sindicato, cuya finalidad no era sólo diferenciar la cultura política y sindical socialista de la comunista, sino también ofrecer una ayuda a la UGT, ocupada en aquel momento en captar los sindicalistas de la USO sensibles al tema del autonomismo sindical y que peligrosamente orbitaban alrededor de la Federación de Partidos Socialistas.⁷⁵ Joaquín Almunia explicó al detalle las diferencias inherentes al papel del partido y del sindicato en aquel preciso contexto político. El partido, sostenía Almunia, había actuado para alcanzar un acuerdo capaz de descargar de manera globalmente equilibrada «los costes sociales de superación de la crisis entre los diversos sectores afectados por la misma».⁷⁶ El sindicato, a su vez, había tenido que defender una postura clasista y, así, luchar por «el objetivo prioritario de la protección del puesto de trabajo y la creación de nuevos empleos».⁷⁷ En este sentido, continuaba Almunia, era lógico que la UGT no hubiera aceptado políticas a favor de la flexibilización del trabajo, cosa que el partido había sido obligado a aceptar, en función de una lógica política global de redistribución de los sacrificios a nivel nacional y como contrapartida de aquellas garantías institucionales útiles para la construcción de la democracia. También Miguel Boyer, del grupo de los economistas del PSOE, y Javier Solana, secretario de Prensa e Información del PSOE, apoyaron la adopción de una distancia oficial en la relación entre partido y sindicatos. Solana expresó su solidaridad a Redondo, pero reivindicó para el partido el «deber» y la «responsabilidad» de sentarse en la mesa de negociación –aunque esto no significase dejar de apoyar el sindicato en su defensa de los derechos de los trabajadores y del control de la actividad empresarial.⁷⁸ Mientras Boyer recordaba que la naturaleza política del acuerdo no implicaba por sí misma la obligación de presencia del sindicato. No obstante, insistía Boyer, a nivel teórico no se podía esconder que entre partido y sindicato existiera un proyecto ideal común de sociedad socialista.⁷⁹

Obtenido este apoyo por parte del PSOE,

la UGT decidió tomar partido en el enfrentamiento que tenía lugar en el interior del PSOE. Aunque había reivindicado la propia oposición a los pactos, la Confederación Sindical Socialista reconoció la incidencia positiva que la negociación del PSOE había tenido en el texto de los acuerdos, gracias a los cuales se había podido obtener «un enriquecimiento positivo en materia de jubilación, carestía de la vida, control de la Seguridad social, creación de puestos de educación».⁸⁰ A través de esta declaración, la UGT evitó lanzar una crítica a la política de negociación del PSOE, que en caso contrario habría podido significar el reconocimiento de una supuesta «traición» a la causa socialista, como había sido formulado por Castellano.

De hecho, durante todo el transcurso de las negociaciones de los Pactos de la Moncloa, la postura de la UGT no había estado exenta de intereses de naturaleza política, dada la proximidad de las elecciones sindicales. Con la competición electoral a las puertas, la UGT estaba interesada en presentarse como antagonista del sindicato comunista de las CCOO, que, exactamente como el PCE, estaba trabajando para ofrecer una imagen conciliadora y que, en octubre de 1977, había aceptado los Pactos de la Moncloa, aduciendo la necesidad de una solución lo más posiblemente concertada a la crisis.⁸¹ Exactamente como el PSOE de su primera fase rupturista, la UGT pareció mantener en un primer momento una postura y una retórica más radicales para desmarcarse con ello de la moderación de los comunistas.⁸² Aun así, con el acercamiento de las elecciones sindicales, la UGT demostró ser partidaria de una visión más bien moderada, aunque no olvidaba su prioridad táctica de enfrentamiento con las CCOO.⁸³ Se declaró a favor de un fortalecimiento de las centrales sindicales y contraria a una ampliación de las atribuciones de los comités de fábricas, órganos autogestionados presentes en las empresas con más de 250 empleados, que habrían podido ser fácilmente manipulables por los sindicalistas comunistas. Combatió con firmeza el

asamblearismo, definiéndolo como una «enfermedad infantil» del movimiento sindical, e incapaz de garantizar «estabilidad, eficacia, responsabilidad» esenciales para defender los intereses de los trabajadores en un régimen democrático de relaciones industriales.⁸⁴ Apoyó la modalidad de las «listas cerradas» de voto, para poder así maximizar su referencia directa con el PSOE, y al mismo tiempo imponer a las CCOO su identificación comunista.⁸⁵ Subrayó, sobre todo, la importancia de la fecha electoral como oportunidad para acercarse a un gobierno socialista.⁸⁶ «ahora es el momento», devino el eslogan de la UGT para movilizar a sus afiliados en lo que llamaban «el camino hacia el socialismo».⁸⁷

El acercamiento del PSOE a la UGT dio constancia de cómo el enfrentamiento sindical iba politizándose cada vez más.⁸⁸ El Comité Federal del PSOE oficializó en noviembre de 1977 la unidad de los propósitos y de los fines con el sindicato UGT,⁸⁹ después de que el tema del apoyo del PSOE a la campaña electoral de la UGT se empezara a tratar de forma oficial ya desde julio del mismo año.⁹⁰ A través de su comunicado, el PSOE pidió a los militantes socialistas que apoyasen a la UGT en su campaña electoral. De su éxito dependía, según afirmaban en el comunicado, la posibilidad de que fueran «puestas las bases» de una «alternativa de poder» capaz de alcanzar en un futuro próximo un gobierno socialista en España.⁹¹ El órgano de prensa del PSOE, *El Socialista*, habló al respecto de ofrecer un «apoyo a la UGT», especialmente a través de las competencias adquiridas en materia de propaganda.⁹² Alfonso Guerra, quien había dirigido la campaña electoral del PSOE durante las elecciones de junio de 1977, se declaró a favor de esta acción de apoyo. En una entrevista explicó que el proyecto del PSOE «implica[ba]» una presencia fuerte de la UGT a nivel sindical, y que sólo a través de esta estrecha relación habría podido «romper los circuitos del crédito y de la comercialización, en favor de [...] una distribución más justa de la riqueza».⁹³ La importancia que la victoria de la UGT significa-

ba para el PSOE era lo que el filósofo italiano Norberto Bobbio explicó en la revista *Sistema*, es decir, la «posibilidad de que la situación política pueda estabilizarse por treinta años en favor del predominio socialista y de la subordinación comunista».⁹⁴

Las energías gastadas durante la campaña electoral, tanto en la presentación de un sindicato socialista diferenciado del comunista, como en la búsqueda de unidad con la USO, conseguida en diciembre de 1977,⁹⁵ dieron sus frutos a la hora de valorar el consenso electoral ugetista. La UGT obtuvo el 22% de los votos, y recuperó buena parte del terreno perdido durante la época franquista. Las CCOO confirmaron a su vez el dominio comunista con el 35% de los votos. De todos modos, las elecciones sindicales representaron un éxito para los socialistas. Antón Saracibar, secretario sindical del PSOE para el País Vasco, reconoció que las elecciones habían corroborado la existencia de dos grandes centrales sindicales, «equilibradas la una a la otra por fuerza y organización», y, sobre todo, que el rápido desarrollo de la UGT demostraba cómo la «clase trabajadora del país, por sus ideas socialistas, se afilia[ba] en mayoría a una central sindical socialista, y no a una comunista».⁹⁶ Luis Gómez Llorente, hablando de las relaciones entre partido y sindicato, propuso la vuelta a un modelo de alianza fuerte entre los dos, a la luz del éxito de las elecciones sindicales. Habló al respecto de la posibilidad de dar vida a una «convergencia» entre partido y sindicato a través de una mayor «presencia de los líderes en la lucha cotidiana», para que pudiera mantenerse la «autenticidad del partido como instrumento de clase trabajadora».⁹⁷

A pesar de las interpretaciones, el éxito de la UGT se midió gracias a la demostración de su capacidad de atracción de muchos simpatizantes y, sobre todo, en la manifestación de que a nivel sindical el predominio hegemónico comunista era cuestionable. Desde este momento cambiaron las prioridades inminentes, tanto del partido, empeñado en los debates para la

constitución democrática y las futuras elecciones municipales, como del sindicato, llamado a la organización de su XXXI Congreso. Lo cierto fue que, a pesar de lo ocurrido en las últimas elecciones políticas y sindicales, Felipe González admitió, con ocasión del Comité Federal del PSOE de julio de 1978 dedicado a los asuntos sindicales, el «sacrificio» y la «cierta renuncia» de los socialistas en la negociación de los Pactos de la Moncloa.⁹⁸ Sin embargo, quiso recordar la «conciencia» con la cual fue asumida esa tarea, o sea la de ayudar «al país a sortear los obstáculos de la transición hacia la democracia», como acción «obligada» en respuesta a una coyuntura no previamente elegida, «ni por nosotros, ni por los demás».⁹⁹

La toma de conciencia de los socialistas se expresó, así, por un lado en el impulso dado a la UGT para que aceptara el modelo de sindicalismo responsable y sensato, y, por el otro, en la adaptación de la ideología socialista a los resultados de las interpretaciones sociológicas de la realidad española. De esta forma, el PSOE pudo promoverse como representante e intérprete de una política básicamente «nacional-popular»,¹⁰⁰ en cuanto interesada por favorecer los intereses del pueblo/nación por encima de aquellos de clase o de vanguardia, fomentando, a través de la superación del retraso económico español una vertebración nacional para la integración de España en Europa.

Conclusiones

Después de las elecciones políticas y sindicales ya no cabía duda sobre la fuerza real del socialismo español. Se habían puesto las bases para una «alternativa del poder democrático» y para la consiguiente hegemonización del espacio político de la izquierda. Durante las elecciones del 15 de junio, y después con los Pactos de la Moncloa, había emergido el carácter socialdemócrata del PSOE. A través de esta nueva actitud, el PSOE quiso presentarse de cara a la opinión pública española como un actor político

responsable y «nacional-popular». En el curso de este proceso, el PSOE pudo expresar su nuevo proyecto político, cuyo eje fue la decisión de reactivar la productividad y la economía nacional. El llamado «giro socialdemócrata» significó para el PSOE en un primer momento un cambio de naturaleza táctica. Fue dejado atrás el rupturismo de la primera mitad de los setenta, y comenzó un proceso de alineación con los partidos más socialdemócratas europeos como el SPD y el Partido Socialista sueco. Eso significó en sustancia la aceptación de concurrir con los comunistas por el espacio político de la izquierda, teniendo al mismo tiempo vivo el interés en una lucha contra la UCD para el control del electorado moderado.

Aun así, el llamado «giro socialdemócrata» de la primera fase comportó considerables cambios de naturaleza ideológica. Fue dejado atrás el concepto del «reformismo revolucionario» y del clasismo y se buscó con creciente interés la sustitución del discurso revolucionario con los programas redistributivos. De esta forma se llegó a una primera e importante legitimación del modelo de crecimiento capitalista como vía de desarrollo de la sociedad. Desde la mitad de 1978 empezaron a comparecer conceptos como «calidad de vida», «productividad», «responsabilidad» y «bienestar», no siempre bien vistos por los militantes más radicales.¹⁰¹ Se comenzaron a considerar necesarias políticas de renta para alcanzar una reducción de la inflación, asumiendo de hecho las teorías económicas neoclásicas, que legitimaban la existencia de una cuota de paro permanente, o al menos intermitente.

Pero eso no debe sorprender, dado que la apuesta socialdemócrata del PSOE llegaba, por cuestiones coyunturales, justo cuando las teorías de Keynes de incentivo de la demanda agregada empezaban a entrar en profunda crisis y eran sustituidas por nuevas premisas económicas de cariz monetarista. La falta de confrontación con las teorías neoliberales desde una perspectiva de izquierdas fue un problema que abarcó el conjunto de los partidos socialistas europeos, y que,

en el caso del PSOE se manifestó en la falta de una reflexión teórica capaz de promover un modelo «propio» de crecimiento que fuera antagónico al capitalismo. El efecto de todo esto fue el de someter al partido a un doble empujón: por un lado, se ofreció a los críticos de la izquierda interna la oportunidad para instrumentalizar el desencanto de los militantes y denunciar la supuesta «traición» del PSOE; por otro, se dejó el flanco derecho del partido abierto a la influencia de las corrientes reformistas y «gradualistas», que orbitaban alrededor de las revistas *Sistema*, *Leviatán*, y en algunos casos *Cuadernos para el diálogo*, que buscaban la aceptación del modelo de sociedad existente, contrarios a cualquier aspiración de cambio estructural.

Se trató, en definitiva, de hacer más viable una victoria electoral inmediata que una reflexión a largo plazo capaz de formular una propuesta de alternativa no sólo partidista sino también de sociedad, y en este sentido la clase política socialista de aquellos años fue una generación particularmente hija de su tiempo. La presentación del PSOE como fuerza responsable de gobierno respondió a la voluntad de ofrecer en la propuesta política socialista una síntesis capaz de vertebrar España en una apuesta política de cambio y modernización, fruto de una concepción de progreso modelada desde la «realidad» pero interpretada no necesariamente «desde el punto de vista de la izquierda».

NOTAS

* Este texto ha sido objeto de debate en el seminario del CIHDE de 20/11/2012.

¹ F.J. Pérez Royo, *La legalización del PCE*, en S. Juliá, J. Pradera, J. Prieto (eds.), *Memoria de la Transición*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 211-214; C. Molinero, P.Ysàs, *El partido del antifranquismo (1956-1977)*, en M. Bueno, J. Hinojosa, C. García, *Historia del PCE*, Vol. II, *El PCE en el tardofranquismo (1956-1977)*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, pp. 13-32; C. Molinero, P.Ysàs, *La izquierda en los años setenta*, en «Historia y Política», n.º 20, 2008, pp. 21-42.

² Desde 1968, el PSOE recuperó un discurso maximalista llamado «reformismo revolucionario». Véase, A. Mateos, *La transición del PSOE durante los años setenta*, en R. Quirosacheyrouze Muñoz (eds.), *Historia de la Transición en Espa-*

ña. Los inicios del proceso democratizador, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 287.

³ *La ruptura democrática*, en «El Socialista», 1-2-1975; *El PSOE Hoy*, en «El Socialista», 15-4-1975; *Hacia la ruptura democrática*, en «El Socialista», 1-7-1975.

⁴ Véanse, S. Juliá, *Los socialistas en la política española. 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 427-429 y 505-545; J. Pradera, *Las pasiones del poder. El PSOE tras diez años de gobierno (1982-1992)*, en «Claves de Razon Práctica», 26 (octubre 1992), p. 33; C. Molinero, P.Ysàs, *La izquierda en los años setenta*, en «Historia y Política», 20 (2008), p. 29.

⁵ R. Gillespie, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 338-369.

⁶ *Resolución política del XXVII Congreso del PSOE*, 3-5 de diciembre de 1976, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2664-1.

⁷ *Discurso de Felipe González sobre la ruptura democrática*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-3. Véase también, la declaración de Felipe González a «El País», 13-6-1976.

⁸ A. Mateos, *Las izquierdas españolas desde la Guerra Civil hasta 1982. Organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, Madrid, UNED, 1997, pp. 152-154.

⁹ UGT, XXX Congreso, Madrid, Akal, 1976, pp. 43-46.

¹⁰ *Ibidem*, p. 89.

¹¹ F. González, *Línea política del PSOE*, en AA.VV., *Socialismo es libertad. Escuela de Verano del PSOE 1976*, Madrid, Edicusa, 1976, pp. 28-31.

¹² *Ibidem*, pp. 31-33.

¹³ *Ibidem*, p. 34.

¹⁴ A. Guerra, *XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español*, Barcelona, Avance, 1977, pp. 143-155.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Véase el punto 4 de la *Resolución Política del XXVII Congreso del PSOE*, 3-5 diciembre 1976, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2664-1.

¹⁸ A. Guerra, *XXVII Congreso*, cit., p. 117.

¹⁹ *Programa económico*, en «El Socialista», 1-2-1977; y *El PSOE sienta las bases de su programa electoral*, en «El País», 9-12-1976. El concepto de autogestión se difundió desde los años sesenta, como efecto de las reivindicaciones sindicales y estudiantiles sucedidas después del Mayo francés de 1968. Entre los simpatizantes de la autogestión estuvieron el socialista francés Michel Rocard y el secretario del sindicato católico CFDT, Edmond Maire. La corriente de Rocard, conocida en los años ochenta como la «segunda izquierda», se hizo dominante dentro el PS francés a partir de 1981-82, en concomitancia con el fracaso del plan económico keynesiano impulsado por Mitterrand. Según Donald Sassoon, la autogestión fue un concepto «vago» cuya utilidad estaba en diferenciar la base ideológica del socialismo de los años setenta con el modelo soviético de planificación económica centralizada. Véase, D. Sassoon, *Cien años de socialismo*, cit., pp. 397-424 y pp. 589-591.

²⁰ D. Share, *Dilemmas of Social Democracy. The Spanish Socialist Workers Party in the 1980s*, Westport, Greenwood Press, 1989, p. 40. Para una crónica del congreso, véase *Cien años de actividad*, en «Cambio 16», n.º 287 (junio 1977), pp. 18-19.

²¹ *Ruptura democrática, entrevista con Felipe González*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-3.

- ²² Durante la Escuela de Verano de 1976 González se mostró preocupado por la posibilidad que se repitiera en España una hegemonía comunista, como la realizada por el PCI en Italia. Véase, F. González, *Línea política del PSOE*, en AA.VV. *Socialismo es libertad*, cit., pp. 21-24; y J.M. Maravall, *La política de la Transición*, Madrid, Taurus, 1982, pp. 158-159.
- ²³ Declaración del Comité Federal del PSOE del febrero de 1977, publicado en «El Socialista», 1-2-1977.
- ²⁴ Uno de los enfoques comunes en ambas revistas era la intención de promover un debate que fuera sobre todo valorado por un alto nivel de tecnicismo. Sin duda, estas revistas constituyeron una parte activa en el distanciamiento ideológico del PSOE de algunos valores considerados tradicionales, como el marxismo y el obrerismo, y, al mismo tiempo, como arma política en la pugna con el PCE. Véase la presentación de ambas revistas donde se declararon sus respectivas tareas y objetivos, en «Sistema», n.1 (enero 1973), pp. 4-6; «Leviatán», n.1 (abril 1979), pp. 4-5.
- ²⁵ José Félix Tezanos y José María Maravall fueron dos de los principales teóricos del llamado fenómeno de «aburguesamiento de la clase obrera», que describía la presencia cada vez más mayoritaria en la sociedad de sentimientos como el individualismo, el afán de prosperidad y la competitividad, debidos a la disminución de la clase obrera y manual, por un lado, y a la ampliación de la clase media y de los trabajadores del sector terciario, por el otro. Véanse, J. F. Tezanos, *Las nuevas clases medias*, Edicusa, Madrid, 1973; J. F. Tezanos, *Identificación de clase y conciencia obrera entre los trabajadores industriales*, en «Sistema», n.º 43-44 (septiembre 1981), pp. 110-113; J. F. Tezanos, *La crisis de la conciencia obrera en la España actual*, «Sistema», n.º 41 (marzo 1981), pp. 125-140; J. M. Maravall, *La alternativa socialista. La política y el apoyo electoral del PSOE*, «Sistema», n.º 35 (marzo 1980), pp. 25-48. Los estudios de Tezanos y Maravall fueron influenciados por las teorías de Frank Parkin y Edward Palmer Thompson. Véanse, F. Parkin, *Orden político y desigualdades de clase*, Madrid, Debate, 1978 y E. P. Thompson, *The making of the english working class*, London, Gollanez, 1965.
- ²⁶ Así hemos ganado las elecciones, «El Socialista», 19/6/1977. Sobre la relación entre el SPD y el PSOE véase, A. Muñoz Sánchez, *El amigo alemán. El SPD y el PSOE de la dictadura a la democracia*, Barcelona, RBA, 2012. Sobre las ayudas financieras ofrecidas por el SPD, remitirse a R. Gunther, G. Sani, G. Shabad, *Spain after Franco. The Making of a Competitive Party System*, University of California Press, 1985, pp. 46 y 75.
- ²⁷ Según las cifras oficiales, la UCD gastó por su campaña electoral 956 millones de pesetas, y el PCE 150 millones. Datos en «Cambio 16», n.º 309 (noviembre 1977), p. 61.
- ²⁸ *Huracán Felipe*, en «Cambio 16», n.º 287 (junio 1977), pp. 10-15; *Felipe, alias «Isidor»*, en «Cambio 16», n.º 287 (junio 1977), p. 20.
- ²⁹ En el artículo viene citado un sondeo electoral del 4 de junio de 1977. Véase, *El PSOE, a la cabeza de todos los partidos*, en «El Socialista», 15-7-1977; *Votar, bien; pero a quién...*, en «Cambio 16», n.º 283 (mayo 1977), pp. 15-19; *El centro empieza la cábala*, en «Cambio 16», n.º 285 (mayo 1977), p. 17.
- ³⁰ *Resumen del informe de la Comisión Ejecutiva sobre la situación española y la política del partido*, en «El Socialista», 1-12-1974.
- ³¹ Sobre la estrategia del PSI de De Martino, remitirse a S. Colarizi, M. Gervasoni, *La cruna dell'ago*, Roma-Bari, Laterza, 2005, pp. 3-18; y G. Galli, *Storia del socialismo italiano*, Milano, Baldini Castoldi, 2007, pp. 395-413.
- ³² *El socialismo es una profundización de la democracia*, en «El Socialista», 15-5-1977.
- ³³ N. Bobbio, A. Guerra, *Socialismo y eurocomunismo*, en «Sistema», n.º 22 (enero 1978), pp. 93-106 y *Verso l'eurosocialismo*, en «Avanti!», 25-6-1978.
- ³⁴ *El socialismo es una profundización de la democracia*, en «El Socialista», 15-5-1977.
- ³⁵ *Ibidem*.
- ³⁶ Del 14 al 16 de octubre de 1977 el PSOE organizó en Madrid una reunión de la IS, con la presencia del presidente de la SPD Willy Brandt.
- ³⁷ *Cien años de actividad*, en «Cambio 16», n.º 287 (junio 1977), pp. 18-19.
- ³⁸ M. Múgica, *Socialdemocracia y «socialdemocrazia»*, en «El Socialista», 15-2-1977.
- ³⁹ *Ibidem*.
- ⁴⁰ *Suplemento elecciones*, en «El Socialista», 1-6-1977.
- ⁴¹ A. Guerra, *Por una España socialista*, en «El Socialista», 12-7-1977.
- ⁴² F. González, *Libertad para los trabajadores*, en «El Socialista», 1-5-1977.
- ⁴³ F. González, *Empieza la cuenta atrás*, en «El Socialista», 29-5-1977.
- ⁴⁴ PSOE, *Programa del PSOE, Elecciones 1977*, en nota a R. Gillespie, *Historia del PSOE*, cit., p. 340. También Maravall habla del carácter socialdemócrata del programa electoral del PSOE en estas elecciones. Véase, J. M. Maravall, *La política de la Transición*, cit., p. 151. Y También D. Share, *Dilemmas of Social Democracy*, cit., p. 90.
- ⁴⁵ *La alternativa del pueblo: PSOE*, en «El Socialista», 29-5-1977. Véase también los documentos: *Vamos a cambiar la vida en las ciudades y pueblos: empezamos por planificar ese cambio*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Zufiuar, sig. 809-3; *Guión del documento de discusión sobre política sindical para el comité extraordinario del PSOE*, julio 1978, AHFFLC, Fondo Ramos Fernández-Torrecilla, sig. 3961-16; *UGT- Estrategia ante las elecciones*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1.
- ⁴⁶ Entrevista a Felipe González en RTVE, en «El Socialista», 1-4-1977. Véase también, *Estrategia electoral*, en «El Socialista», 5-6-1977.
- ⁴⁷ *La alternativa del pueblo: PSOE*, en «El Socialista», 29-5-1977.
- ⁴⁸ *Ibidem*.
- ⁴⁹ *La crisis de identidad del PSOE*, en «El País», 11/7/1977.
- ⁵⁰ *Ibidem*.
- ⁵¹ *Cien años de actividad*, en «Cambio 16», n.º 287 (junio 1977), p. 18.
- ⁵² Sartori define el modelo español como «sistema político de pluralismo polarizado». Véase, G. Sartori, *Parties and Party Systems*, Cambridge University Press, 1976. Siempre sobre el sistema político español véanse, C. R. Aguilera de Prat, *Balance y transformaciones del sistema de partido en España (1977-1987)*, en «REIS», 42 (1988), pp. 137-143; J. I. Cases Méndez, *Elecciones del 15 de junio de 1977*, en «Revista de Estudios Políticos», 1 (1978), pp. 256-276.

- ⁵³ F. González, *Por qué triunfó el PSOE*, en «El Socialista», 19-6-1977.
- ⁵⁴ *Ibidem*. González escribía: «el socialismo es hoy la alternativa real de poder. Con plena conciencia de este hecho, los socialistas proseguiremos en el camino de la construcción de una democracia política, social y económica. [...] trataremos de que la política económica que necesita el país se haga en beneficio de la mayoría [...] para que la política económica proporcione una salida de la crisis profunda que nos encontramos, haciendo pagar a quien más tiene y solucionando los graves problemas del desempleo, de la emigración, de la carestía de la vida y del grave endeudamiento exterior».
- ⁵⁵ *Una victoria política*, en «El Socialista», 19-6-1977. En este artículo se retomaba una declaración de González en la cual argumentaba: «nosotros tenemos una política económica elaborada, que creemos que se acerca mucho a la realidad, pero interpretándola desde el punto de vista de la izquierda».
- ⁵⁶ *Objetivo: acabar con el paro y reducir la inflación*, en «El Socialista», 19-6-1977; J. Leguina, *El paro, problema número uno*, en «El Socialista», 15-1-1978; *Lo firmado en la Moncloa no es el programa del PSOE*, en «El Socialista», 6-11-1977; *La crisis tiene salida*, en «El Socialista», 4-9-1977.
- ⁵⁷ Fishman subraya cómo en la diferencias de posturas entre UGT y CCOO se reflejaban los distintos momentos vividos por el PSOE, que en los últimos años se había movido siguiendo una línea radical y que ahora participaba con reticencia, y la de los comunistas, que encontraron en las participaciones al pacto social aquella relevancia y reconocimiento que a su juicio el voto de junio les había robado. R. Fishman, *Organización obrera y retorno a la democracia en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996, pp. 219-220.
- ⁵⁸ N. Redondo, *El pacto social es una cortina de humo*, en «El Socialista», 7-8-1977. Discurso de apertura del Congreso extraordinario de la UGT (Madrid, 30-31 julio 1977). En su discurso, Redondo explicó el porqué de su rechazo a negociar con Suárez: «UGT, como central sindical de clase, no puede doblegarse ante una política económica que tienda a la distribución injusta de los sacrificios exigidos para superar los desequilibrios profundos del sistema. [...] La exigencia de moderar el crecimiento de nuestras rentas salariales cuando se anuncia simultáneamente un nuevo incremento del paro y una tasa de crecimiento de los precios al consumo superior al 25% anual [...] no puede ser presentada en ningún caso por el Gobierno como la expresión de su voluntad negociadora con las centrales sindicales». Véase también, *No hay pacto*, en «El Socialista», 28-8-1977.
- ⁵⁹ *Ibidem*.
- ⁶⁰ F. González, *Sobre los acuerdos de la Moncloa*, en «El Socialista», 4-12-1977; *Si hay pacto, la armamos*, en «Cambio 16», n.º 357, 8/10/1978.
- ⁶¹ P. Castellano, *Política anticlase, ni siquiera interclasista*, en «El Socialista», 23-10-1977.
- ⁶² *Ibidem*.
- ⁶³ *Ibidem*.
- ⁶⁴ Gillespie definió los pactos de la Moncloa como «pacto social simulado», haciendo particular mención de la ausencia en los acuerdos de los sindicatos. Véase, R. Gillespie, *Historia del PSOE*, cit., p. 348; y J.M. Maravall, *La política de la Transición*, cit., p. 153.
- ⁶⁵ Si la reducción de los salarios encontró inmediata aplicación, la prevista reforma fiscal no fue nunca implementada, Véase, D. Sassoon, *Cien años de socialismo*, cit., p. 678; y P. Preston, *El triunfo de la democracia en España. 1969-1982*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, p. 137. En relación al llamado «desencanto» de la sociedad española, véase B. Cuadra Salcedo y S. Gallego-Díaz, *Del consenso al desencanto*, Madrid, Saltés, 1981. Y, para una óptica comparada, M. Salvati, *Spagna e Italia, un confronto*, en V. Pérez-Díaz, *La lezione spagnola. Società civile, politica, legalità*, Bologna, Il Mulino, 2003.
- ⁶⁶ *Circular n.º 73 Objetivos del PSOE en el terreno económico*, 31-10-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-2.
- ⁶⁷ AA.VV. *Socialismo es libertad, Escuela de verano del PSOE 1976*, cit., pp. 3-4.
- ⁶⁸ *Centrales y patronales, fuera de juego*, en «El Socialista», 30-10-1977; L. Góngora, *Desde la calle*, en «El Socialista», 6-11-1977.
- ⁶⁹ Véase el artículo: *La crisis tiene salida*, en «El Socialista», 4-9-1977, en el cual se afirmaba: «hemos firmado los acuerdos de la Moncloa porque no queríamos ni podíamos abandonar la defensa de los intereses de los asalariados cuando precisamente era mayor el riesgo que corrían de quedar olvidados en el programa preparado por el Gobierno. Ni podíamos descuidar las parcelas de libertad, todavía tan frágiles, duramente conquistadas a lo largo de estos últimos dos años. [...] Como tampoco hemos renunciado a nuestro programa. La consolidación de la democracia y la defensa de los intereses de los asalariados en el programa destinado a superar la crisis económica se inscriben en el marco de los pasos previstos para iniciar nuestro «programa de transición», es decir, nuestro proyecto de transformación de la sociedad».
- ⁷⁰ *Circular n.º 73 Objetivos del PSOE en el terreno económico*, 31-10-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-2.
- ⁷¹ *Ibidem*.
- ⁷² Discurso de Felipe González en el Congreso de los Diputados durante la presentación de los Pactos de la Moncloa. Texto integral publicado en, *Lo firmado en la Moncloa no es el programa del PSOE*, en «El Socialista», 6-11-1977. Felipe González declaraba: «no es el nuestro programa, pero lo hemos firmado y lo asumimos responsablemente». El discurso de González encontró la aprobación del mismo Adolfo Suárez. Por lo que concierne a las concesiones legislativas pedidas por el PSOE como contrapartida a las medidas de reducción salarial, véanse *Aportaciones socialistas*, en «El Socialista», 16-10-1977; J. Tagar, *Los pasos de una negociación*, en «El Socialista», 30-10-1977, y las documentaciones contenidas en el informe presentado en la *Reunión del comité federal del PSOE*, 12-13 de febrero de 1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2664-4.
- ⁷³ *La crisis tiene salida*, en «El Socialista», 4-9-1977.
- ⁷⁴ F. González, *Sobre los acuerdos de la Moncloa*, en «El Socialista», 4-12-1977. En su artículo, el líder socialista escribía: «Lo que hoy puede ser considerado como una política económica dura para el conjunto de nuestro pueblo, corre el peligro de convertirse, si no se aplica con decisión

- y sentido de la responsabilidad, en una política traumática con costes sociales altísimos como consecuencia de la acelerada agravación de la crisis». Véase también el informe de González a la reunión del comité federal del PSOE del 1 y 2 julio 1978: *Informe al Comité Federal*, 1-2 de julio de 1978, AHFFLC, sig. 2664-4.
- ⁷⁵ *Informe presentado por USO en relación con la posible unificación con la UGT*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1; *Historia de la negociación para la unificación UGT-USO*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Ramos Fernández-Torrecilla, sig. 3961-19.
- ⁷⁶ J. Almunia, *Las posturas de UGT y PSOE no son contradictorias*, en «El Socialista», 6-11-1977.
- ⁷⁷ *Ibidem*.
- ⁷⁸ J. Solana, *El PSOE, ante el futuro*, en «El Socialista», 25-6-1977; J. Solana, *En defensa del Parlamento, en defensa de la clase trabajadora*, en «El Socialista», 25-9-1977.
- ⁷⁹ *El acuerdo de la Moncloa y la alternativa socialista*, en «El Socialista», 6-11-1977.
- ⁸⁰ Nicolás Redondo: *la demagogia puede ser criminal*, en «El Socialista», 6-11-1977.
- ⁸¹ El comunicado de CCOO de adhesión a los acuerdos afirmaba que las negociaciones «responden a la necesidad del momento político, económico y social que vive el país, y están en las líneas mantenidas por CCOO». Véase, *UGT rechaza el «documento»*, en «El Socialista», 23-10-1977. Para una lectura del sindicalismo comunista en perspectiva histórico-política desde los años cincuenta hasta la transición democrática, véase E. Treglia, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012.
- ⁸² Nótese que hacían referencia al concepto de «ruptura sindical», que postulaba una cierta ambigüedad táctica de acción: por un lado, se declaraba que «la estrategia de la organización sea la de la ruptura sindical, sin que quepa a este respecto negociación ni concesión alguna», y, por el otro, que «la presencia eventual de militantes ugetistas en el proyecto reformista que pudiera arrancársele al poder habría que entenderse como la utilización de una plataforma tácticamente válida para —aprovechando las contradicciones internas del Régimen— acelerar el proceso hacia la ruptura sindical». Véase, *Simposio sindical*, 6-7 de marzo de 1976, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1.
- ⁸³ Carta enviada por Redondo a las Agrupaciones provinciales, a los miembros del Comité Federal, a los secretarios sindicales en la cual se informaba que: «la postura de UGT es no constituir comités o grupos de trabajo estables entre CCOO y UGT, que limitarían considerablemente nuestro margen de maniobras de cara a las elecciones. Debemos tener bien claro, que como se dijo ayer en la rueda de prensa conjunta posterior a la reunión, ésta tenía carácter de «armisticio», pero no puede interpretarse como un paso adelante hacia la unidad orgánica». Véase AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1.
- ⁸⁴ F. Redondo, *Hoy, las centrales*, en «Cambio 16», n.º 316 (diciembre 1978), p. 126.
- ⁸⁵ *Anexo, La estrategia de CCOO*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Saracibar, 2665-1.
- ⁸⁶ Véase la documentación de la reunión conjunta PSOE-UGT: *Resumen de la reunión del 4/8/1977 entre ejecutivos y responsables de UGT y Secretaría sindical del PSOE*, 4-8-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1. En ella se hace mención de un «peligro que existe de no dar relieve que merecen a las elecciones sindicales, ya que aparte de la importancia que tienen para la potenciación, proyección y patrimonio (parece ser que el reparto de éste puede estar en relación con la cantidad de votos que saque cada Central) de nuestra Confederación está la repercusión que puede tener en el Partido ante las elecciones municipales». Véase también: *Reunión del Equipo sindical*, 18-8-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1; *Circular n.º 50 de la Secretaría Sindical del PSOE*, 25-8-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1.
- ⁸⁷ Véase el panfleto enviado por el Comité Electoral Federal de UGT en vista de las elecciones sindicales: *UGT-Estrategia ante las elecciones*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1.
- ⁸⁸ *Cambio 16* habló a respecto de las «sombras de las elecciones del 15 junio», véase *Las centrales, enfrentadas*, en «Cambio 16», n.º 304 (octubre 1977), pp. 39-40.
- ⁸⁹ *Resolución política del Comité Federal del PSOE*, en «El Socialista», 20-11-1977. Véase también la resolución del Comité Federal del PSOE de marzo de 1978, publicada en *El Comité Federal del PSOE, por la unidad socialista*, en «El Socialista», 12-3-1978.
- ⁹⁰ *Circular n.º 85 de la Comisión Ejecutiva de la Secretaría de Coordinación de Federación de Industria*, 19-7-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1; *Circular n.º 49 de la Secretaría Federal de Propaganda*, 22-8-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1; *Reunión del equipo sindical*, 18-8-1977, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-1; *Campaña de apoyo a la UGT*, sin fecha, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2665-2.
- ⁹¹ *Resolución política del Comité Federal del PSOE*, en «El Socialista», 20-11-1977. Así señalaba la resolución: «el PSOE, en tanto que partido de clase decidido a realizar la alternativa socialista mediante una estrategia de acción de masas, encuentra la expresión adecuada de sus ideales dentro de la lucha sindical en la Unión General de Trabajadores. [...] Seamos conscientes de que si en nuestro país, donde los votos del pueblo han consagrado la fuerza de un grande partido socialista, se consolida una gran central sindical socialista, se habrían puesto las bases para una alternativa de poder del pueblo con un modelo de progreso político y económico inédito en el sur de Europa».
- ⁹² *Apoyo total a la UGT*, en «El Socialista», 6-11-1977.
- ⁹³ *Un proyecto de sociedad inédito en Europa*, en «El Socialista», 22-1-1978.
- ⁹⁴ N. Bobbio, A. Guerra, *Socialismo y eurocomunismo*, en «Sistema», n.º 22 (enero 1978), p. 104.
- ⁹⁵ *Congreso de Unificación UGT-USO*, «El socialismo es nuestra unión», Madrid 18-12-1977, AHFFLC, Fondo Ramos Fernández-Torrecilla, sig. 3961-19.
- ⁹⁶ *Cumbre» sindical del PSOE*, en «El Socialista», 9-4-1978.
- ⁹⁷ *Ibidem*.
- ⁹⁸ *Informe de gestión de la Comisión Ejecutiva al Comité Federal*, julio 1978, AHFFLC, Fondo Saracibar, sig. 2664-6, pp. 3-18.
- ⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ Sobre el concepto de «nacional-popular» se remite a la teoría de Gramsci: ésta se refiere a la necesidad de crear un vínculo directo de carácter «democrático» entre los dirigentes y los dirigidos a través de un esfuerzo constante de interpretación de los intereses, de los problemas y de los sentimientos del pueblo/nación. Según la tesis gramsciana, la tarea del partido debería ser la de promover la fusión de los intereses del pueblo en la renovación identitaria de la nación a través de un movimiento popular, sin la cual resultaría imposible alcanzar una «hegemonía» política. El concepto de «nacional-popular» fue originariamente utilizado por Gramsci en sus Cuadernos de la cárcel para denunciar el alejamiento (llamado *cosmopolitismo*) de los intelectuales italianos, en particular los escritores, en el proceso de formación de una identidad nacional y popular de la Italia unificada, y, después, desarrollado en la reflexión sobre la diferencia entre «dirección» y «dominio» en la definición de «hegemonía». Véase, A. Gramsci, *Quaderni dal carcere*, Torino, Einaudi, 1975, pp. 2114-2116; A. Gramsci, *Il Risorgimento*, Roma, Ed. Riuniti, 1977, pp. 70 y ss.; A. Gramsci, *Letteratura e vita nazionale*, Roma, Ed. Riuniti, 2000. Para un ejemplo del uso de este concepto en rela-

ción a la formación de un ideal nacional véase, N. Merker, *Il sangue e la terra*, Roma, Ed. Riuniti, 2001, p. 173. El concepto de «nacional-popular» ha sido también utilizado desde los años ochenta para referirse a la difusión de personajes y programas televisivos, así como al desarrollo de un consumo de masas y de modelos nacionales estandarizados, que, naturalmente, no tienen nada a que ver con la categoría interpretativa gramsciana, ni a su uso en este artículo.

¹⁰¹ Véase, *Guión del documento de discusión sobre política sindical para el comité extraordinario del PSOE*, julio de 1978, AHFFLC, Fondo Ramos Fernández-Torrecilla, sig. 3961-16, en el cual se hace referencia a «frecuentes conflictos entre compañeros del PSOE en el seno de la UGT; enfrentamientos entre comités del Partido y de la Unión, presentación de candidaturas antagónicas por parte de militantes del Partido, instrumentalización de las siglas PSOE [...] falta de conexión entre la práctica política del Partido y la práctica sindical del UGT, produciéndose una «división» en la militancia de los compañeros». Véase también *Guía de campaña elecciones 1979 (confidencial)*, AHFFLC, Fondo Zufaur, sig. 809-3, p. 7.